

EL ARTE DE ESCRIBIR

Querido bachiller:

Cierto amigo, no sé si de veras o con maliciosa broma, me sugirió la idea de escribir algo así como una preceptiva moderna, O sea, un “*ars de bene dicendi*” acomodado a nuestros tiempos. Tarea inútil, pues a quien “natura non dat, Salamanca non presta”. Y, por otra parte, tal vez sea demasiada petulancia la creencia de que se puede enseñar aquello que no se sabe. Un ciego no puede hacer ver los colores.

Ahora bien, si no se puede enseñar a escribir bien, sí es posible mostrar cómo se escribe mal. A fin de cuentas, saltar por encima de los agujeros del habla vulgar. Y, para esos brincos, nada mejor que las buenas pértigas. Altas, flexibles, resistentes. Hablo de aquellos autores que no son el eco de otras voces más afinadas. Pero, una vez llena la cisterna con las buenas lecturas, debemos evitar convertirnos demasiado pronto en fuente. A lo sumo, dejar correr un hilillo de agua que alivie nuestra sed creativa. No hemos de caer en la imitación servil, la mera copia de un modelo dado, escribir “à la manera de”. El poeta Virgilio expresa esto con una metáfora: ser como la abeja que liba de varias flores distintas para fabricar su propia miel. Tú tienes un timbre personal, único, inconfundible. Otra cosa es que no seas un barítono para cantar “La Traviata” con una voz poderosa. Basta con que cantes en la ducha y la lluvia caiga sobre tu cabeza.

Querido bachiller:

“Decíamos ayer ...”. Bien, esta carta no se escribió ayer sino hace más de una semana. Suele decirse que Fray Luis de León, tras salir de una cárcel de la Inquisición donde había estado encerrado cinco años, comenzó sus clases de teología como si el tiempo no hubiese pasado. Rencillas a la mar. Su deseo era que, sin dejar el mundo de los vivos, lo dejaran en paz perpetua: ni envidiado ni envidioso. Te cuento esta anécdota para hacerte ver que sin una cultura literaria escribir es querer sacar garbanzos de donde no hay ni saco.

¿Y qué debemos haber leído antes de salir al campo para ganar la gloria? ¿Cuáles son las ropas imprescindibles para llenar nuestra maleta? En primer lugar, en clase aparte, los “clásicos”. No debemos encerrarlos en las clases impregnados de alcanfor para que no se apolillen. Claro está, no es fácil hacer revivir a los muertos. Éste es un milagro que solamente pueden realizar algunos profesores de alma selecta. Yo encontré uno en bachillerato, pero eso fue un trébol de cuatro hojas.

Y después de los clásicos, los modernos, aunque no estén – mejor que no estén – a la moda. No hay que estar “a la dernière page”. La literatura es arte, pero también es negocio. Ten cuidado cuando la letra tenga excesivo tufo a dinero. Muchos son los editores que convocan premios para sus tapados famosos y, tras bombo, incienso y platillo, allá van todos los Vicentes a regalar el mismo libro para Reyes. “¿Todavía no has leído ...?” Esto no quiere en absoluto resucitar la vieja polémica entre los modernos y los antiguos. En todas partes cuecen habas y en todos los siglos se escriben mamarrachadas.

Mi criterio para separar los buenos libros modernos es dejar pasar su modernidad. Un libro sigue siendo bueno cuando, cumplida ya su función, se encuentra en el rastrillo tras haber sido sustituido por “la nueva novela del célebre escritor, etc.”. Deja que el poso asiente los valores y ponga cada obra en su sitio.

Querido bachiller:

Yo soy del parecer de que, si no hay remedio, no se debe forzar a los extranjeros para hablar nuestro idioma con excesivas prisas. El habla es una faena activa y el esfuerzo, la lucha por hacerse entender, agota como si llevásemos encima una mochila cargada con los miles de frases posibles. Quien aprende una lengua debe adoptar antes una actitud más pasiva, escuchar pacientemente y, de repente, romperá a hablar igual que el agua rompe a hervir.

Y bien, ya has escuchado con tus ojos los libros ajenos. Ahora puedes, como bípedo implume, tomar la pluma, lanzarte a hablar. Estás lleno, vacía la cacerola. Hierve tu palabra. Pero aquí comienza el problema más grave para un escritor: ¿de qué hablar?. Cuando no se sabe qué decir lo mejor es no decir nada. Algunos autores son como cazadores de temas, salen con la escopeta en la mano dispuestos a disparar sobre una presa sabrosa. Estos depredadores “piensan para escribir”. Un filósofo medita sobre el marco y mientras tanto, como aquel que escribe un soneto sobre cómo hacer un soneto, llena así el cuadro de figuras con paisaje al fondo. Otros “escriben porque han pensado”. Sus ideas son la válvula de escape de su pensamiento. No se detiene hasta que no cese el vapor. Sin embargo, entre ambas actitudes existe una ósmosis que las iguala.

El escritor siente el miedo “a la página en blanco”. Una vez escrita la primera frase, el autor sigue la pendiente hasta que las musas se marchen a merendar y vuelvan a inspirar al autor. ¿Qué decir? O mejor: ¿cómo proseguir?.

Querido bachiller:

Si quieres escribir “porque has pensado” lo primero que debes hacer es precisamente haber pensado. Y no sabemos cómo las ideas llegan a nuestra cabeza, los oscuros caminos que recorren hasta hacerse conscientes. Sin duda nos decimos: “vamos a pensar en ...”. Sin embargo, a partir de ese momento inicial se desencadenan unos pensamientos que se toman de la mano como si bailasen una sardana. Ciertamente estas ideas, creadas o despertadas, nacen de nuestra voluntad, aunque desconocemos los resortes misteriosos que se disparan como una flecha se dirige hacia un blanco. Pienso, luego escribo. Se equivocan quienes creen que la lectura es activa porque consiste en seguir unas palabras con los ojos. También hacen lo mismo los oídos cuando Platón y compañía escuchaban a Sócrates. La lectura sustituye nuestro pensamiento por el pensamiento ajeno. Descansamos durante un tiempo de pensar por cuenta propia. Vamos sobre raíles. Solamente podemos saltar al margen para decir: “No, no es eso”, “Bravo, está bien dicho”.

Antes de escribir, leer. Un novelista tiene que haber leído muchas novelas para hacer la suya. Un poeta debe situarse a la fila de una tradición poética. Una vez que te has adueñado de ideas ajenas puedes echar tus cartas sobre el tapete.

“Pensar para escribir”. A mí me ha sorprendido alguna vez tomar como pensamientos propios ideas que luego he descubierto se hallan en libros que ya había leído y, evidentemente, olvidado. Nacen en mí a una segunda vida. Claro está, teñidos al roce con otras ideas.

Querido bachiller:

A veces los “hijos de papá” y otros “hijos de ...” exclaman hinchando el pecho con una voz engolada: “usted no sabe con quién está hablando”. Pues bien, tú debes saber siempre con quién estas hablando. O sea, a qué público mandas tus palabras. Como podrás darte cuenta, no es lo mismo escribir para intelectuales que hacerlo para políticos. En primer lugar, el público determina la fauna léxica y la flora sintáctica. En la selva de las oraciones se ocultan como avejillas las voces que vuelan hasta nuestros oídos.

Decía Uamuno que él era el hombre que tenía más cercano. Y agarrando ese cabo te puedo decir que los diarios – no la prensa – son una buena manera de meterse de hoz y coz en la literatura. Esta clase de género se les llama “íntimos”, pero ¡quia!. Salvo los adolescentes que encierran con candado sus penas y amores, los escritores con fama dejan sus cuartillas en un cajón sin llave para que sean descubiertas un día casualmente. Y si ahora saltas del yo al tú, de los diarios personales a los epistolarios ficticios, como éste, tendrás una nueva perspectiva para conjugar los verbos en segunda persona.

El diario y los epistolarios son géneros en los que tú conoces la cara ajena, el cogote y, en tu caso, hasta el número de la seguridad social. Pero escribir “en” un diario – no un diario – te pone la cara contra la pared. No ves, aunque imaginas, a esos lectores que han decidido pasar un tiempo contigo. Ya no soy yo, o tú, sino un “ellos” tan lejano que no puedes verlos. El columnista de un periódico es el último de Filipinas, un héroe de la literatura, el galeote de las galeradas. Baila con una cadenas en los pies. Atado como Simón el estilista a unos renglones truncados debe apretar sus ideas entre los dedos. Y según sea el grosor de las brocas – la anchura de los renglones – así será la agudeza de su pensamiento. Una columna obliga a escribir frases cortas, de pasos breves. No cabe en la mente usar adverbios acabados en “mente”. ¡Ah! advertencia para los tipógrafos: las columnas no deben ser nunca “cejijuntas”.

Querido bachiller:

Hoy se habla mucho de la “perspectiva de género”. Y así tenemos el punto de vista de los varones, las féminas, los gays, las lesbianas, los trans y

todas aquellas orientaciones sexuales que la naturaleza permita dentro de sus anchos márgenes. Pues bien, un escritor también debe clasificarse dentro de un género literario: poesía, teatro, novela, etc. Y digo “etcétera” porque en esas tres ramas no caben todas las frutas de la creación. Los autores, cansados de ceñirse el cinto, se inventan otras formas distintas de expresión: aforismos, ensayos, refranes ... Uno de esos nuevos géneros literarios es la greguería. Y la menciono aquí para arrimar el ascua a mi sardina, pues yo soy un gran consumidor de esos peces de Cerdeña. Así que – unos minutos de propaganda – te cuento algunas de las mías, mías, mías

* La luz se mueve a velocidad constante salvo cuando llega tarde para encender la aurora.

* Si vaca se escribe con v y becerro se escribe con b es porque hay un conflicto generacional en el diccionario.

* Los mejillones son las mejillas abofeteadas que se cubren entre las manos.

* Cuando el excelentísimo Alcalde deja su cargo solamente se lleva a casa el ex-

Ahí queda eso.

Querido bachiller:

Vamos a echar una mirada atrás esperando no convertirnos como Sara en una estatua de sal. Decíamos ayer, o antes de ayer, que un autor debe encontrar un tema y luego, una vez echado el lazo al cuello, decidir en qué

molde lo vierte dentro de los géneros posibles. Pues bien, hecho esto – que puede hacer cualquiera – le queda lo más trascendental: el estilo.

Machado escribe con paradoja: “doy consejo a fuer de viejo/nunca sigas mi consejo”. ¿Te acuerdas de lo que ya te advertí sobre la imposibilidad de enseñar lo que no se sabe? De mí se puede afirmar: “Consejos vendo, pero para mí no tengo”. Y bien, un crítico, aunque no sepa escribir, te hará observar la conjunción de “pero para”. Esto es una cacofonía, una disonancia que se debe evitar. Y así, para salir del paso, ponemos “y” en lugar de “pero”. Sin embargo, en el estilo sucede como en el refranero, que pone una vela a Dios y otra al diablo. Por si acaso, debemos tener amigos en todas partes. Al refrán “a quien madruga, Dios le ayuda” se opone “no por mucho madrugar amanece más temprano”. Te he dicho que las cacofonías son muestra de mal estilo. Ahora bien, también poetas geniales pueden darle la vuelta y convertir en acierto lo que aparentemente es un desacierto. San Juan de la Cruz, reflejando el estupor, escribe: “un no sé que que queda balbuciendo”. Ese “que que que” no es el “pero para”.

Querido bachiller:

Veo en tus ojos que guardas un reparo en la recámara. No pongo reparos a resolver tus dudas. ¿Por qué – te dices – si la lengua es una economista que desecha lo inútil permite los sinónimos? ¿No sobran estos? ¿No es un despilfarro doblar el léxico? Pues bien, lo primero que te diré es que la sinonimia nunca es absoluta. Así como dos imanes del mismo polo se repelen, se puede decir de los sinónimos que “diciendo lo mismo, no dicen lo mismo”. La palabra “asno” es menos burra que burro ya que es más literaria. Los filósofos, que se plantean cosas muy raras, se han sacado del magín el problema del “asno de Buridán”. Sin embargo, también tenemos a la burra de Balaam. Ya ves, en materia de estilo no te mojes los calzoncillos.

Además, la existencia de los sinónimos permite la variación, elimina la monotonía. Cansa llevar siempre el mismo vestido. Debemos llenar el ropero para cada ocasión, cada momento, cada instante, cada oportunidad.

Querido bachiller:

Antes te he dicho que las cacofonías eran malas compañías, pero que este precepto no va siempre a misa. Y lo mismo puede decirse de las repeticiones. No son siempre descuidos de cuando al bueno de Homero le da por dormitar en su cama. Una cantante le dice a un pretendiente que solicita sus favores: “quizás, quizás, quizás ...”. Y el rijoso galán, burlado por la cupletista, resbala en esas ssss prolongadas. Prueba a decir: “quizá, quizá, quizá”. No es lo mismo, falta la sensualidad en la que se desliza el deseo sexual. Otro caso, y también de una canción: “buenas noches, señora, buenas noches, señora, saludos a su señor”. Si no se hubiese repetido “buenas noches” quedaría como un saludo sin más, pero ahora se insinúa la infidelidad de la señora que le pone las astas al señor. O cuando Machado dice: “Campo, campo, campo/entre los olivos los naranjos blancos”. No hay nada más que campo a la vista.

Y dejo para acabar como colofón un error grave que cometen incluso personas cultas, aunque hayan estudiado siete años de latín. Me refiero a ese tan traído y tan llevado “etc, etc”. Pues bien, “etc” es una abreviatura de “et caetera”. O sea: las demás cosas restantes. La repetición “etc, etc” viene a decir “y todo lo demás, y todo lo demás”. Sería como aquel que no pudiendo veranear en Baden Baden lo hiciese en “Vilanova i la Geltrú Vilanova i la Geltrú”.

Querido bachiller:

Existen tres maneras de escribir: una, a saltitos, con pasos medidos; otra, a grandes zancadas. Y entre ambas se cuelan los andares del hombre de la calle que no tiene prisas ni va recogiendo caracoles. Claro está, algunos dirán que antes de correr y andar debemos gatear. Del “llegué, vi, vencí” al “¿hata cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia” tienes que tirar por la senda de en medio. Sin laconismo ni florituras. O sea, ni tan corto ni con dos pelucas. No te aconsejo, en la medida que puedo hacerlo, hacer muñecas rusas, meter una frase subordinada en otra y en otra hasta llegar a la principal, la que corta el bacalao.

La naturaleza es más sabia que los siete sabios de Grecia. El médico nos pide: “Hinche los pulmones: inspirar, expirar”. Pues bien, eso lo hacemos a a cada instante en la respiración sin darnos cuenta. Nuestra habla debe estar acompañada a esos suaves movimientos fisiológicos. Solamente podemos hacer volar las palabras en la expiración. ¿Cómo se va a hablar “tragando” aire? Estas limitaciones físicas- “condiciones de posibilidad”, ahí va eso - obligan a que nuestras frases tengan, de no ser tenores, un máximo de tantas sílabas sin tomar aliento. Los oradores usan el truco del vaso de agua. Además de reponer la saliva, sirve para hacer punto y aparte con una pausa.

En suma, no abuses de las comas y coloca el punto tras las frases como un pedrusco que impida irse hacia atrás el coche.

Querido bachiller:

A todos nos distingue algún rasgo particular: unos ojos, una nariz, cierto gesto, una determinada forma de hablar, etc. Pues bien, también los escritores tienen su marca, el sello de su estilo literario. Los humoristas buscan esa individualidad inventando frases originales, suyas, con derecho de propiedad intelectual. Unos dirán “te das cuen”, otros “hoy no, mañana”, éste “saben aquel que diu” y aquel “la próxima semana, hablaremos del gobierno”. Te debo confesar que los que entendemos la última frase ya peinamos canas ... o no peinamos apenas.

Tal filósofo acuático bracea como un “náufrago” en el mar de la vida. Y en las cartas de santa Teresa de Ávila no hay una en la que no tropecemos con la palabra “harto”, y no asocies tantos “hartos” con “fartons” porque ello sería, además de una “horchatada”, una prueba evidente de mal gusto.

El estilo – dice Buffon – es el hombre. Así podríamos decir que existen tantos estilos como hay personas (no seas de esos papanatas que dicen “customizar”). Ahora bien, unos autores tienen cara común, son “adecenados” y adocenados, “suenan a ...”. Otros tienen bellas facciones, pero también los hay a quienes la cojera les sienta bien. Al bizco Descartes le atraían las muchachas con estrabismo. Ninguna declamación teatral supera a la voz ronca del genial Pepe Isbert: “Americano ...”.

Querido bachiller:

Algunos escritores aún son fieles – valga el fósil -a la “pluma”; otros – los más – se han pasado ya al teclado del ordenador. ¿Y no es lo mismo? ¿Acaso no monta tanto y tanto monta? Pues sí ... y no. El proceso de creación en ambos métodos es muy distinto. El pensamiento es siempre más veloz que la mano, ésta debe apoyarse en un bastón. Debemos envolver las ideas en una nube, retenerlas en la mente y luego hacer correr esa hilera de letras que recorren como hormigas negras el papel. Sin embargo, el teclado nos proporciona casi inmediatez. Las letras andan pisando los talones a las ideas que afloran de la mente súbitas. Claro está, es preciso hacer una pausa, mirar hacia lo escrito para seguir adelante, reanudar el discurso. Y en esos altos del camino advertimos que nos hemos dejado atrar tal o cual pensamiento, tal o cual adjetivo. Volvemos para insertarlos, descartamos los que no convienen, hacemos adelantar unos y retrasar otros. Copiamos y pegamos. En la escritura a mano el papel se convierte en mapa de operaciones en una guerra: flechas que señalan la dirección del ataque, cruces que muestran los muertos en combate, tachaduras que dan al escrito el aspecto caótico de un campo de batalla.

Ahora bien, ninguna carta que carteros electrónicos trasmitan a un amante tendrá ese romanticismo del papel esperado con impaciencia y escrito de puño y letra por el amado.

Querido bachiller:

Me acusas, y no sin motivo, de no haberte enseñado, ya que no a escribir con una cierta habilidad, al menos con alguna decencia literaria. Te confieso mi desvergüenza taurina. Ante los cuernos del problema he arrugado mi traje de luces (iba a decir “cuerpo” si no “anterrimase” con “cuerno”). Pero ¡qué le voy a hacer! Mi querencia, como en mis lecturas, es lidiar “a lo que salga”, sea toro o sea vaca. La cabra trepa al monte para triscar. Cada frase me hace saltar a otra cercana, encadeno las ideas unas con otras y así, como una mariposa de colores, no tengo rumbo de vuelo. Te pido disculpas, pues estas cartas han fracasado en su intento.

Sin duda tú esperabas que te dijese cosas como éstas: “no escribas metáforas gastadísimas”. Quien dijo el primero “tus mejillas son pétalos de rosa” fue un buen poeta; a quienes les siguieron después se les tenía que haber expulsado a patadas y bofetadas del Parnaso. O bien: “no hagas metáforas tan complicadas que nadie las entienda”. Una metáfora es buena cuando al oirla decimos: “¡Ay, va! Pues es verdad que se parecen”.

Te había dicho que debes leer buenos modelos, a los mejores escritores. Sin embargo, también debes hacerlo con los malos. Así podrás diferenciar los canes de la pulgas.

Pablo Galindo Arlés

6 de febrero de 2023